

## LAS MUJERES DE LANGREO.

*A la memoria de mi madre, Eloína Terente Torre (1920-2015).*

Este texto, que dedico a mi querida madre fallecida en Febrero de este año, es sin duda el testimonio más emocionado que jamás he escrito, a pesar de las múltiples publicaciones y conferencias que mi profesión me ha exigido a lo largo de la vida. Sean mis primeras líneas de profunda gratitud a *Langreanos en el Mundo* por haberme dado la palabra en un entorno como *el Carbayu*, escenario mítico de mi infancia y mi adolescencia. Cerca de aquí iba yo de *guaja* a Casielles agarrada del mandil de Adela, aquella tía abuela que llevaba un caldero en la cabeza y otro en cada mano mientras hablaba animadamente conmigo cuesta arriba. Y al Carbayu me guiaron también muchos amaneceres mágicos para asistir a la novena en peregrinación juvenil y festiva.

Mi principal inspiración para esta charla comienza en las mujeres de mi familia, tanto materna como paterna, de las que recibí numerosísimas lecciones de amor, fortaleza y sabiduría y un granero afectivo e intelectual que ha nutrido mi vida. Vaya desde aquí mi homenaje para ellas, langreanas de honor por su raigambre en la cuenca y en el tiempo que les tocó vivir, haciendo de sus vidas un continuo ejercicio de aprendizaje y de entrega a la familia. A pesar de diferencias notables, tuvieron en común un ingenio nato y una profunda devoción por el conocimiento y la palabra, algo que marcó mi infancia y en gran medida determinó mi condición de filóloga.

Mis raíces langreanas se extienden en dos extremos de la cuenca : por un lado La Cantera, una aldea vecina a Les Llanes donde nació y creció mi padre, y por otro Omedines, sobre el valle del Samuño, donde mi bisabuelo materno construyó una casa que aún conservamos y disfrutamos sus descendientes. En ambos casos son linajes de gente modesta cuya vida giraba en torno a la mina y al “*prau*”, esos dos faros esenciales del paisaje y el paisanaje de Langreo. Mi padre, Eladio Praga, contaba con orgullo que su abuela aprendió a leer sola mientras *llindiaba vaques* y yo siempre he llevado conmigo esa imagen como ejemplo insuperable del genuino afán por saber. No es de extrañar que, a pesar de la falta de medios, aquella mujer admirable pronto adivinara la finísima inteligencia de mi padre y le orientara hacia el mundo de los estudios, esquivando el destino de la mina y el “*prau*” reservado a los varones del monte. En la Cantera también vivía mi abuela Concia, mujer silenciada y silenciosa por avatares personales, que fue mostrando a lo largo de los años una melancolía nunca exenta de asombrosa claridad mental.

Algo semejante pasaba en Omedines, donde mi bisabuela materna murió de pena al ver emigrar a sus hijos varones en busca de oportunidades; y mientras tanto, las hijas iban por agua a Casielles al mismo tiempo que amaban y practicaban la lectura. Siempre me impresionó que mi abuela y sus hermanas- sin más formación que una muy elemental escuela en Ciañu- poseyeran en aquella casa una pequeña biblioteca y transmitieran la afición a la lectura a sus hijos. O para ser exactos, a sus hijas, porque en esta rama familiar se cultivaba más a las mujeres y se orientaba a los varones a los negocios. Ejemplo de ello fue la exquisita formación de mi madre, que llegó incluso a ir a la universidad aunque luego abandonara los estudios y fundara con mi padre la sagrada empresa de una familia. Estas mujeres han sido mi modelo y su magisterio fue la herramienta con la que siempre he

disfrutado, recordado y amado a Langreo. Porque pocas cosas han sido tan placenteras en mi vida como el arte de la conversación que llenaba las cocinas familiares de relatos y estrepitosas carcajadas. El humor y la risa son otros dos tesoros que me legaron y que me han hecho bastante más fácil caminar por este mundo.

El título de esta charla, LAS MUJERES DE LANGREO, resulta claramente heterogéneo teniendo en cuenta los muchos perfiles que podemos abordar: ¿Qué mujeres, de qué siglo, de qué clase social, mujeres urbanas o rurales, de qué ideología, etc etc?. Es evidente que más que una conferencia el tema exigiría un libro entero, por lo cual no me planteo una panorámica global ni, como suele hacerse, ninguna enumeración de mujeres ilustres langreanas, aunque haberlas haylas. Mi cometido será principalmente trazar unos rasgos de identidad propios de la mujer langreana y analizar las circunstancias que los favorecieron o los promovieron.

Un paseo por los parques de Langreo indica claramente el perfil de mujer que la cuenca ha querido homenajear: el de La Felguera lleva el nombre de Dolores Fernández. Duro, el de Ciañu el de Rosario Felgueroso y el de Sama nos ofrece la figura anónima de La Carbonera, sin nombre ni apellidos pero representativa de la ingente población femenina que vivió al amparo de la minería y la industria. Tres nombres y tres monumentos encuadrados en la transformación del valle del Nalón, que significó el comienzo de la visibilidad femenina aunque en distintos ángulos y posiciones. No obviamos la huella del matriarcado en el ámbito doméstico pero debemos resaltar la casi nula autoridad y representación en el orden social: mujeres silenciadas, carentes de visibilidad, palabra y mando, madres, hijas, hermanas y esposas que veían marchar a sus hombres a la emigración o a la mina. De forma gradual la voz y la visibilidad se conquistarán al amparo de la transformación

industrial y minera, de la que llegarán a ser no sólo testigos sino también partícipes.

Es curioso que la mina, oficio eminentemente masculino, lleve con frecuencia nombre de mujer. La indudable feminización de los pozos queda demostrada con denominaciones como *María Luisa, Baltasara, Nicolasa, Modesta, Escribana, Dominica y un largo etcétera*, además de gozar de la protección de Santa Bárbara. Pero como mejor muestra de ello yo ofrecería el ejemplo de esa canción que ya es el himno de la minería, esa Marusiña que espera al minero de la camisa roja y la cabeza rota superviviente del pozo María Luisa. Siempre la mujer pero siempre detrás, a la espera en casa, al lado, o como mucho en labores colaterales como la carbonera. Habrá que esperar a la huelgona del 62 para que esta mujer ocupe el primer plano y se convierta en la conciencia femenina del pozo, del valle, del mundo obrero a nivel regional, nacional e incluso internacional. Esa mujer que se enfrenta a los guardias, que sufre cárcel, tortura, humillación, en defensa del trabajo ajeno, del sustento familiar : la mina era, es, cosa de hombres pero su defensa siempre fue también cosa de mujeres, como describe Jorge M. Reverte en su obra de 2008 *La Furia y el Silencio. Asturias, Primavera de 1962*

*“ La Policía de Langreo informa de que en la cuenca del Nalón los grupos de mujeres alcanzan el número de doscientas cincuenta y han promovido algaradas en Sotrondio, El Entrego, Carbones Asturianos y en Sama, insultando a los obreros ( esquiroles, gallinas, cobardes), y llenando de arroz, maíz o cebada los caminos. [...] Más tarde la cosa se complica. Las mujeres que pretenden manifestarse y evitar que algún minero se incorpore al tajo son inmediatamente reprimidas. Salen a relucir las porras y las culatas de los fusiles [...] La refriega con las mujeres ha llegado a adquirir niveles de violencia importantes , hasta el punto de que la fuerza actuante ha tenido que realizar*

*once detenciones. Once mujeres de la cuenca del Nalón han sido metidas en los furgones de la policía por la fuerza, han pasado por la comisaría de Sama, donde según todos los testimonios han sido maltratadas y vejadas y luego han sido conducidas a la prisión del Coto, en Gijón. Casi todas son casadas y figura en su documentación que su profesión es “sus labores”, como dice la nota policial; se ocupan de los hijos y de la casa aunque ahora se dedican sobre todo a defender a sus maridos aún a riesgo de que les abran la cabeza.( pp.122-7)*

Entre ellas se encontraba Constantina Pérez, que inspiró la impresionante serie del pintor Eduardo Arroyo titulada “*La mujer del minero Pérez Martínez, Constantina (llamada Tina) con la cabeza rapada por la policía*”. También el cortometraje de la realizadora asturiana Amanda Castro, *A Golpe de Tacón*, estrenada en el Cine Felgueroso, recoge escalofriantes testimonios vivos y episodios de aquellos días que pasaron a la historia. Estos ejemplos son una pequeña muestra del eco y la representación artística de aquella lucha pero, ante todo, apuntan a un rasgo muy característico de la mujer langreana y que no es otro que su capacidad reivindicativa y su conciencia social, todo un símbolo de la resistencia obrera frente al franquismo. En otras palabras, mucho más cercanas y familiares, yo diría que la mujer langreana “*ye de encargu*”, expresión insustituible y enormemente expresiva de su personalidad fuerte y dinamitera. Es evidente que esa vocación combativa no empieza en el 62, aunque sea entonces cuando pasa a la historia y sobre todo a los medios, sino que es herencia de una tradición activa de movilizaciones, huelgas, participación sindical, en definitiva de un posicionamiento de izquierdas que encarna, entre muchos otros ejemplos, Angelita Cuesta, nacida en Sama y compañera de las Trece Rosas fusiladas en 1939 aunque ella sobrevivió hasta 2011. O si seguimos nuestro paseo por parques langreanos debemos citar a Argentina

Rubiera, a quien se dedicó un jardín en la Nalona en Enero de este 2015 y que también ha dado nombre a los concursos de relatos de la Asociación Les Filanderes.

La mujer y la mina, la carbonera, tantas heroínas sin nombre ni rostro pero ¿Qué ocurre con ese otro perfil femenino como Dolores Fernández Duro o Rosario Felgueroso, a quien Langreo también honra de manera evidente? En clara conexión con el mundo de la mina hay otro escenario, la siderurgia, y la gran importancia económica y social de la Duro Felguera y empresas afines. A su amparo surgiría una burguesía ilustrada con una gran influencia en el concejo que dejó muestras muy valiosas en la ingeniería, en la arquitectura y en la cultura y la educación. Además del relieve social de las mujeres Duro y de su ostentación de un título nobiliario de innegables raíces langreanas - Marquesado de la Felguera-, debemos evocar la figura de Rosario Felgueroso, miembro de la conocida familia del mismo nombre, que cuenta en su haber con la creación del colegio de Ciañu para dar formación a los hijos e hijas de mineros. La cultura y la educación florecerán en un concejo que impulsará colegios, bibliotecas, ateneos, casas de cultura, certámenes literarios y un largo etc. La prosperidad que sin duda trajo la industrialización estuvo acompañada por un alto valor de la educación y un gran reconocimiento de la cultura y la formación. No podemos hablar de igualdad en absoluto, pero si se hace una comparación, la mujer langreana tuvo más oportunidades que otras zonas de Asturias y no digamos del resto de España. Mi familia dejó Langreo para ir a vivir a León cuando yo era una adolescente y recuerdo la excelente formación que tenía entonces y el asombro que causaba que estuviera a punto de terminar la carrera de piano con solo 15 años. En Langreo muchas mujeres realizamos la proeza de alternar los estudios de música con el bachillerato, algo sin duda discriminatorio con los varones porque a muchos de

ellos se les privó de esta oportunidad por considerarla “femenina”. Y en la modesta clase media a la que yo pertenecía muchas accedimos a la universidad porque el sueño dorado de las familias langreanas era “*estudiar no sólo a los fíos sino también a les fies*, cualquiera que fuese su status social. Recuerdo con verdadera emoción la biblioteca de Sama, con el inolvidable Sacramento al frente y la nutrida concurrencia de ambos sexos en busca de lecturas después de las clases.

De manera progresiva la mujer langreana fue rebasando los límites del hogar donde, por otra parte, siempre ha reinado a lo largo de su vida en los diferentes estadios que va alcanzando. Primero será la *guaja*, o *la neña*, y después una *rapacina* para pasar a brillar como una *moza* y mandar mucho cuando ya es una *paisana*. La *guaja/neña/rapacina/moza/paisana* es alegre, decidida y presumida, además de una cualidad que la mujer langreana no abandona jamás y que es su condición de charrana impenitente. He dicho *charrana*, no *habladora*, porque no son sinónimos. Charrar es un ejercicio relajado, ocioso, siempre compartido y con el tiempo por delante, ya sea en la confitería con un café y un dulce, en la calle, en casa o en el chigre. Y si resulta que en el chigre hay *chigarrera*, estamos ante una de las grandes instituciones langreanas, esa *muyer* con mandil que gobierna la cocina y la clientela con la misma buena mano. Pero aunque no sea *chigarrera*, la langreana siempre está charrando, tanto y de tal modo que la polifonía de sus voces es la auténtica banda sonora de Langreo, ahora que ya no hay sirenas en las fábricas ni ruido de vagonetas. A ello contribuye decisivamente su voz, de timbre estridente y tono enormemente alto, sobre todo si habla asturiano. Porque el castellano o el bable marcan dos tipos de mujeres completamente distintos, no sólo a niveles fónicos, sintácticos o léxicos sino en la gesticulación, el movimiento corporal, la mirada y otros factores de la personalidad. Aquí debo confesar que si algo tengo yo que

reprochar a mi querido Langreo es la reticencia de sus habitantes a utilizar un habla que nos representa como ninguna otra cosa y que extrae de nosotros registros emocionales y matices imposibles de reproducir en castellano. Mi gusto por la literatura- y en concreto por la poesía- empezó aprendiendo de memoria los magistrales monólogos de Pachín de José León Delesta, como aquel que describe la taquillera de un cine, entre otras muchas joyas del mismo autor:

*Llegué allí. En un ventanucu  
Taba una moza metía  
Y como puerta nun vía  
Y yera tan piquiñucu  
Yo al míralu me decía  
“¿per onde se metería?”  
En sin lograr dar c’ol trucu.*

Yo misma siento cómo me convierto en otra persona al hablar asturiano, cómo me fluyen la afectividad y el humor, cómo aumenta la cercanía con la gente y, sobre todo, qué enorme complicidad se establece con quien habla tu mismo lenguaje. Pero cada vez que vengo a Sama noto que nadie habla tan asturiano como yo, que sigue existiendo- permitidme- ese prejuicio social de que “*solo lo hablen los payos, o los del monte*”, como ya se decía en mi infancia. Pues bien, si es así yo declaro públicamente que soy una *paya* que “*baxié*” del monte con mi familia y que aborrezco que se hable *fino* en Langreo. Siempre hablé y hablo asturiano con los míos y ahora que me falta mi madre noto que una parte de mi ha enmudecido y que muchas cosas no se las puedo contar a mis hijos, *cazurros* de nacimiento. Así que busco a mis hermanos, tan practicantes y devotos del asturiano como yo y me explayo a gusto y me *presta* más que nada en el mundo. La mujer que habla asturiano alcanza inmensas cuotas de afectividad, y un sentido del humor y una espontaneidad que desaparece en



ese castellano torpe y forzado que se oye en Langreo. Yo cuando llego a Sama espero ansiosa que alguien me diga *¿Ya tás aquí, né?* porque es el vocativo- ese *né* o ese *ho* para ellas o ellos- el que realmente me hace sentir que estoy entre los míos y que soy bienvenida en mi tierra. Es una lástima que, frente a otras partes de España que usan sus lenguas o dialectos con innegable orgullo, en Asturias exista un afianzado clasismo lingüístico que otorga o rebaja status social según como se hable, estableciendo discriminaciones injustificables. Así que vosotras, mujeres de Langreo y *Langreanas en el Mundo*, uníos y hablad asturiano, alto, rotundo, siempre, en casa y fuera de casa, porque si no ¿para qué tanta Academia de la Llingua o para qué tanta política *llingüística* en la web del Ayuntamiento? Por mi condición de filóloga considero una riqueza la pluralidad de dialectos y acentos y nunca renunciaría a esa voz que hay dentro de mí y que solo en asturiano- y en el asturiano de Langreo- me permite expresar y compartir mis vivencias más queridas.

En mis visitas a la cuenca sigo con atención la evolución de los tiempos y sus efectos en la vida de las langreanas del siglo XXI. El desmantelamiento de la industria, el cierre de los pozos y la reconversión del valle también ha sido cosa de mujeres con sus crisis y sus adversidades. Pero ahí sigue la mujer langreana, sin duda con una visibilidad y unas oportunidades bastante mayores que las de sus antepasadas a pesar del paro y de lo mucho que queda por hacer. Por citar algunos ejemplos, dos mujeres han sido regidoras de Langreo en las últimas décadas y hay profesionales que han roto con creces el techo de cristal, como las actuales Presidenta de Hunosa o la Directora Gerente de Valnalón. Solo razones de espacio me impiden enumerar una larga lista de mujeres ilustres- científicas, artistas, escritoras, directoras de cine- que pasean y honran el nombre de Langreo por el mundo. Y la web del ayuntamiento, además de insistir en políticas de igualdad

, tiene un apartado que se llama “ Langreo con ojos de mujer” en un concejo donde el asociacionismo es muy fértil . Ahí están Les Filanderes, Amas de Casa de La Felguera, El Fresno, El Alba, Les Tejeres de Lada, Hera en Sama, La Nozaleda en Ciañu , el colectivo Samuño en La Nueva y tantos otros que me deben perdonar por no mencionarlos. Y ahí siguen *les güeles*, otra de las grandes instituciones de Langreo, que a su proverbial generosidad y fortaleza unen una longevidad evidente. Hay *vieyos* y *vieyes*, pero sobre todo *vieyes*, *güeles*, mujeres de pelo blanco – o no tan blanco- que son la memoria viva de la cuenca y las albaceas de tiempos mejores que hay que resucitar. Y por eso siguen capitaneando la familia y haciendo maravillas con la pensión para que estudie el *nietu* o la nieta o para que sobrevivan los hijos en paro. Mi modesto homenaje a todas ellas, las de ayer y las de hoy, por tantas lecciones y tantas páginas anónimas de resistencia. No cabe duda que hoy en día Langreo sigue necesitando la voz de sus mujeres en un tiempo en que resulta tan doloroso

*Hablar de un valle mordido por el cáncer  
Posindustrial, tendido  
Como un perro verdinegro que agoniza  
Junto a un oscuro río  
Que no arrastra hacia el mar sino cenizas,  
Decir que el paraíso se encuentra en las antípodas  
Es decir casi nada.  
(Pero todo lo dice a su manera:  
Las apariencias, en el fondo, nunca engañan) .*

(Alberto Vega : *Edén Subvertido*.)

Confieso que, pese a todo, mi paraíso puede estar- sigue estando- en este valle hoy mordido por el cáncer posindustrial, como dice el gran poeta. Langreo no ha sido nunca, si lo pensamos bien, el escenario bucólico ni la Arcadia que tanto añoraba Palacio Valdés en *La Aldea Perdida*. Y sin embargo, yo vuelvo a la cuenca

minera una y otra vez en un ejercicio de nostalgia inevitable, en busca de esa negrura luminosa, violentamente bella, que sólo encuentro aquí y en la que siempre me acabo reconociendo. Sobre todo si alguien se me acerca y aviva mis raíces de inmediato cuando me dice

*¿Ya tas aquí, né?*

Inés Praga Terente.

El Carbayu, Septiembre de 2015.